

Intervenciones y trazos

G E P S I D I C

Padilla, José Ignacio. *El terreno en disputa es el lenguaje*. Madrid: Iberoamericana, 2014.

Santiago López Maguiña

El terreno en disputa es el lenguaje quiere ubicarse en un ámbito exterior a las prácticas analíticas y reflexivas del discurso universitario. No pretende ser un libro de teoría o de análisis literario sobre las relaciones entre la poesía y el lenguaje. Se mueve por esos territorios, se ocupa de asuntos centrales en esos campos, pero no pretende llegar a enunciados definitivos ni construir un sistema. La intención declarada es desorganizar lo organizado, para permitir la emergencia del sentido.

Sus objetivos, más bien anti académicos, se registran desde el estilo de sus textos. Ensayos en sentido estricto, que buscan una soltura, una simplicidad alejada de los protocolos solemnes de la escritura profesoral, y cuyos propósitos son hacer dilucidaciones, precisiones, esbozos, desconstrucciones, en un horizonte que se sabe móvil y cambiante, y que desde el principio aparece formado de presencias que donan sentido de una forma escurridiza o, incluso, nula. Tan pronto se siente que se los ha aprendido se escapan a los intentos de cogerlos para ser organizados y/o desorganizados.

Se trata de hacer una indagación aventurera en el mundo de prácticas poéticas cuyos signos, textualidades, superficies de inscripción, objetos en los que inscriben los signos y los textos, escenarios, estrategias, formas de vida y semioesferas eluden a aquellas que se establecen de acuerdo a las matrices y rejillas asentadas en las instituciones académicas y estatales en general. Son prácticas que se rehúsan a contar de la misma manera que aquellas que

producen poesía de totalidades y significados definidos y seguros, y en cambio apuntan a salir de sus fronteras o a ahondar en sus procesos significantes, a salir de la escritura o a instalarse en su materia sonora: hacer de la escritura objeto tridimensional o convertir el poema en documento notarial.

La poesía sobre la que se ocupa es la que presenta, en primer lugar, “aberraciones” significantes. Una aberración es una forma desviada de la normal. El DRAE define la palabra como “un grave error de entendimiento” en su primera acepción. En su segunda, que introduce una dimensión ética o moral, la define como “acto o conducta depravados, perversos, o que se apartan de lo aceptado como lícito”. José Ignacio Padilla (en adelante JIP) usa el término en su acepción más literal, en el sentido de desviación, pero no deja de estar presente la segunda acepción que da el DRAE. Hay poemas “depravados”, que mortifican y escandalizan, que transgreden lo prohibido y que revelan lados ocultos, los lados ocultos del lenguaje y del sentido. Más allá aun, sacan a relucir las condiciones de producción del discurso llamado poético. Y allende y aquende las fronteras de ese discurso dan a conocer (donan) inéditas posibilidades significativas, que salen de la rueda o del círculo (vicioso, por paradoja) del significado y de la significación.

La obra poética de tres autores, Mario Montalbetti, Andrés Anwandter y Martín Gubbins, ofrece muestras de cursos de acción poéticas que se sitúan “en el intersticio entre lo legible y lo ilegible” (70), que se sustraen de la escritura, que ponen el cuerpo. Estos tres puntos requieren explicarse; aunque antes es necesario señalar que JIP hace una lectura que pone énfasis sobre prácticas, sobre discursos que hacen o quieren hacer patentes los procesos de su construcción. Se puede adelantar que son procesos dirigidos a fabricar objetos poéticos, entidades tridimensionales, que poseen una densidad que no se limita a la escritura alfabética, y que cuentan con una dinámica, como ocurre en parte en la poesía concreta brasileña y sobre todo en la acción poética de Jorge Eduardo Eielson.

Los poemas de los tres autores mencionados se leen a partir de una rejilla que no separa significados. No a partir de la red, según la representación

del lenguaje que hace de Saussure, esto es, de signos y valores definidos por relaciones diferencia. O de semejanzas y de oposiciones, tipo caliente vs frío. La rejilla que rige la captación de esos poemas es un dispositivo situado en una frontera vacía: en la hendidura que distingue lo legible, que encaja en las estructuras de la significación, y lo ilegible, que no encaja en esas estructuras. Discutir acá si entre los extremos de lo legible y lo ilegible hay vacío o no tomaría mucho tiempo. Diremos solo que Claude Zilberberg pensaría que no, que no hay vacío, que hay más bien una continuidad, gradaciones, en uno de cuyos umbrales – en el intervalo que esas gradaciones – estallaría lo inaudito, lo sorprendente, lo inesperado, lo ilegible, y en el otro se asentaría lo normal, lo rutinario, lo esperado, lo legible. No habría rupturas. Las quiebras de la significación se reabsorberían pronto en un orden de compartimientos estable tras la conmoción súbita del sobrecogimiento producido en el sujeto por lo nuevo y lo desconocido (Zilberberg: 2007). Lo ilegible sería un momento de desconcierto al que sucedería una fase de inevitable armonización. JIP parece seguir a Jacques Derrida para quien lo significante, que escapa a la dictadura del significado y del signo, a la mera unión entre un significante y un significado, o a la relación de diferencia, que puede incluir gradaciones, más caliente, menos caliente, nace de una suerte de brecha entre dos significantes que hace la diferencia fundadora de la significación. Una nada en la que no sólo se precipita la ausencia de significación, sino también la ausencia de sentido, el sentido que se halla siempre más allá del significado y de la significación.

El sentido para JIP es ante todo una dirección, que es una de las tres acepciones de esa categoría que precisa Jacques Fontanille (Fontanille: 2001). Una orientación que permite localizar, un aquí, un allá, centro, periferia, etc., que cumple una función deítica. La falta de sentido señalaría ¿un estado? sin referencias espaciales y temporales, la ausencia de coordenadas: fondo, ¿fondo?, sobre el cual surgiría, sin embargo, el sentido y luego la significación. Por esa ruta surcaría la reflexión poético, lingüística, filosófica de Mario Montalbetti en torno al motivo del desierto. “El desierto es el sitio donde no hay nada” (22). Pero, punto central, esa es una configuración llevada a cabo por el lenguaje. No se trata de una configuración efectiva, sino simbólica para así

denominarla en términos de Lacan. Aquí hay mucho que comentar y discutir, las afirmaciones y análisis de JIP desprenden innumerables líneas de debate, pero solo se retendrá lo siguiente: la ausencia de sentido que hace posible el sentido es una condición que solo se presenta de una manera retrospectiva y desde un horizonte de sentido. Montalbetti lo dice en este enunciado: “el desierto es nada llevada a cabo con lenguaje”. La nada, como falta de sentido, solo es concebible, pensable, enunciable desde el lenguaje, que es instancia plena de sentido. Pero, hay más, JIP replantea la frase con un añadido: la “*nada llevada a cabo con lenguaje es el lastre*” (23).

Ahí quedamos desconcertados, quedamos en bolero. Al seguir la lectura se intuye que el lenguaje para JIP, que devanea y razona a partir de Montalbetti, no es una totalidad que funcione como una máquina de bien aceitados engranajes. No es un sistema de fijos casilleros y de relaciones exactas, de reglas irrevocables. Es una instancia de las relaciones sociales que lleva en sí mismo principios que la pueden contradecir, si se asume que es un dispositivo lógico y generador de frases o textos perfectos. El lenguaje es un procedimiento y un protocolo, un saber hacer y un deber hacer, que se retuerce sobre sí mismo, que se forma y se deforma, que se construye y se destruye, que se afirma y que se niega, que se desdobra y se refleja en abismo al infinito, que produce significaciones, semiosis, coherentes y articuladas, a la vez que perturbadoras paradojas, absurdos, sin sentidos, que se horada y que se suspende hasta alcanzar el vacío o la nada, que se desborda, que se convierte en objeto o en puro ruido de fonemas...Pero no hemos aclarado el sentido de la “*nada llevada a cabo con lenguaje es el lastre*” y hasta nos hemos precipitado en interpretarla. La nada que es lo impensable, lo irrepresentable, lo incontable; es realizada con lenguaje dice la frase con exactitud. No con *el* lenguaje. ¿Con un sistema de significación cualquiera? Así parece. Lo que no tiene presencia, lo que es pura ausencia, la nada, se hace con un lenguaje, y esta proporción es equivalente al lastre, que es una entidad singularizada. El lastre entonces cuenta por uno. “Lastre” según los diccionarios es un estorbo, una rémora, un impedimento. La nada realizada por medio de un lenguaje es, por consiguiente, según esas definiciones, una traba. Para JIP la “nada” de Montalbetti es el “lastre”. ¿El obstáculo que se hace con lenguaje y que a la

vez lo crea como entidad significativa? El estilo de JIP, que no es asertivo ni sistémico, sino insinuante y fragmentario, que hace enunciados que no demuestra, o que llega a conclusiones sin argumentar, no permite responder con certeza a las preguntas que se desprenden de su texto. En conexión con la “nada”, con un “lenguaje” y con el “lastre” parece estar la noción de “resto”. JIP dice: la “*nada llevada a cabo con lenguaje* es el *lastre*, el resto simbólico que Montalbetti quiere movilizar al lado de la significación – o que, seamos precisos, nos quiere lanzar a la cara. Ese resto nunca se ha ido, siempre ha estado allí” (23). Es un enunciado muy llamativo y que ahora desplegado en forma más extensa nos vuelve a dejar desubicados. El resto es lo que sobra, lo que queda, por ejemplo, de una construcción. Lo que se ha dejado en un plato de comida. Los fragmentos de una antigua edificación, que los arqueólogos se encargan de acoplar para restablecer con los salvados lo que pudo haber sido cuando brillaba en todo su esplendor. El resto, en términos de la teoría semiótica que esboza y que deshace JIP, tiene una carga significativa ambigua, puede o no puede ser significativa, puede o no encajar en una cadena (Lacan), en un sistema (Saussure) o en una constelación (Zilberberg). O aun más, puede no ser significativa: algo ni siquiera insignificante, sino simplemente no significativa. Carente de cualquier potencialidad significativa. Algo que no encaja en ningún orden, en ninguna organización, y cuya presencia puede ser desestructurante incluso, como la basura, como los muladares en *Los gallinazos sin plumas*, que son amenazas de lo amorfo contra las formas, contra la significación. La expresión “resto simbólico”, por eso, es desatinada en principio. Pero ya incluida en un lenguaje, en el lenguaje del poema en específico el “resto simbólico” se torna inteligible en su completa inutilidad y no significancia. En su completa excedencia. En su completa condición de deshecho. Así que a partir de aquí traducimos: el poema, suponemos, es resultado de un proceso hecho de significación y de restos simbólicos que no entran en la dinámica de ninguna práctica, de ningún sistema, de ningún discurso, los que a la vez son imposibles sin aquellos. Es el reino de la paradoja sobre la que JIP no reflexiona: la paradoja según la cual se plantea que lo que no tiene sentido, tiene, sin embargo, sentido. El sentido de su falta de sentido que, a la vez, es condición del sentido.

A partir de lectura de la poesía de Montalbetti se descubre un dispositivo poético cuyo objetivo no es producir totalidades bien ensambladas, correctas, perfectas, decorosas al modo clásico, sino textos formados sobre todo por partes que no se engarzan entre sí, signos que no llegan a formar conjuntos, líneas temáticas y figurativas, isotopías, que no llegan a ser componentes bien organizados, legibles. JIP insiste en señalar que los “restos simbólicos”, lo que escapa a la inteligibilidad, lo que sería lo afectivo en toda su pureza, lo que suena o se ve, o se siente en general, sin lograr ser ubicados y cuantificados, es lo más significativo, en tanto apunta, presumimos, a hacer patente no otras presencias, de otro mundo, sino la ausencia. Es difícil entender esto: hacer perceptible la ausencia pura. ¿Acaso lo que falta no señala el lugar de lo que no está presente? ¿O es un vacío y, en consecuencia, lo que no puede contarse, lo que no tiene un sistema de contabilidad apto para contarlo? Podría creerse que se trata de esto último, entonces los “restos simbólicos” surgidos del poema integrarían el conjunto incontable de lo indecible. Solo la ayuda de Badiou permite llegar a esta elaboración (Badiou: 1999).

La poesía de Montalbetti, que habrá que leer bajo la óptica que JIP propone, presenta un mecanismo o una mecánica que produce artefactos poéticos que quiebran el sentido del lenguaje si se lo piensa como una entidad capaz de producir enunciados bien formados y comprensibles, útiles en la comunicación humana, y revela en cambio a una entidad cuyas significaciones se alimentan de sus aberraciones. En esa misma dirección se encuentran las prácticas poéticas de Andrés Andwanter y de Martín Gubbins, poetas chilenos, que apuntan a la producción de un tipo de poemas que rompen con la idea del poema concebido a la manera tradicional: producto restringido a la formación de significados en los ámbitos cerrados de la escritura. El primero desarrolla una obra hecha de poemas formados por hileras de palabras que remiten tanto a los restos que se despliegan en el escenario de la vida contemporánea como a los que se acumulan en los basureros, a la vez que se ancla en los sucesos de la historia reciente de Chile, la dictadura militar, la imposición de la economía de mercado bajo los principios del neo liberalismo, el nuevo régimen democrático, aunque a la vez rompe (literalmente) con los encasillamientos de una literatura de la representación, del reflejo de la realidad, y trata de explorar

en otros horizontes materiales de sentido, como el que hace posible a los poemas convertirse en artefactos asignificantes que se concretan en performances sonoras, por ejemplo, en entidades ruidosas sin ninguna significación. El segundo, lleva el poema al plano de lo “no originalidad, ilegibilidad, plagio, fraude, robo”, y cuyos métodos son “la administración de información, procesamiento de textos, base de datos, archivo y catalogación” (61). La poesía de Martín Gubbins está formada por discursos fundados en el principio de una composición diagramática más atenta a la distribución espacial que a la significación. Aunque hay una orientación ideológica general, afirmar la condición viviente de los seres humanos y especial en Chile, que después del golpe militar es un país de supervivientes.

Otro ensayo del voy ocuparme es el que JIP dedica a la obra poética y artística de Jorge Eduardo Eielson, “Eilson – *De materia verbalis*” (91 – 147). Hay muchas maneras de entrar en la poesía de este gran poeta peruano. JIP elige hacerlo entre los polos “del deshacimiento del lenguaje y la recuperación de la materia por el lenguaje” (92). Propone la siguiente hipótesis: la poesía de Eielson parte de la constatación del “vaciamiento del lenguaje y la consiguiente fantasmagorización de los objetos, resultado – dice JIP – de lo que hemos llamado la significación totalizante” (92). Sigue formulándose la hipótesis: sus esfuerzos prácticos consisten “en hacer oscilar la palabra alrededor de ese vacío, cargándola de intensidad, y en enfrentarse cuerpo a cuerpo con la materia, más allá o más acá de la significación, intentando acercarse a la riqueza sensuo – material del mundo” (92). Es decir, la poesía de Eielson desarrolla una práctica consistente en salir del lenguaje, en tanto este ya no dice nada, ¿o con este ya no se dice nada?. Aquí surge una duda: ¿el lenguaje es una entidad abstracta imperfecta, contradictoria y paradójica que se impone sobre los individuos, y que funciona como condición (o presupuesto) de la significación y del sentido, o es un instrumento que los hombres pueden manejar para comunicarse? No queda claro en las elaboraciones de JIP cuál es la opción en la que desarrolla sus análisis. Ahora bien, ¿qué quiere decir “no decir nada”? Quiere decir significar de una manera cerrada y discreta, de un modo definido y comprensible, de un modo tan claro y transparente que llega al punto de perder toda consistencia. Este es un punto harto discutible, pues los

analistas de textos saben bien que los discursos no son siempre claros ni monosémicos, más aun los psicoanalistas. Estos más bien dan cuenta de una situación paradójica, aquella en la que lo claro cubre la oscuridad y el enrevesamiento, y al revés en que lo enmarañado sirva de velo a lo claro. Asumimos entonces que JIP trata este punto del vaciamiento del lenguaje como una configuración entre otras de las representaciones que se han hecho de esa entidad social y abstracta durante el siglo XX y que se siguen haciendo en este siglo. Hablar de un lenguaje vacío de sentido y de significación, en todo caso, equivale a proponer que ese dispositivo esencial de la vida humana ha perdido su valor principal, el de permitirnos ordenar nuestras percepciones y el de expresar nuestras pasiones, de manera llana o compleja. Con seguridad JIP se refiere a la redundancia, a la reiteración desmedida, pero también entiendo que al esfuerzo por transmitir de manera clara y comprensible, lo que es contraproducente porque en vez de ello hace de los discursos formaciones anodinas, insustanciales, baladíes, restos sin ubicación. Estas son, sin embargo, afirmaciones que no se demuestran. Hay que asumir de nuevo para seguir las disquisiciones de JIP que son ciertas. Hecho eso aceptamos que Eielson expone en sus textos el deshacimiento del lenguaje, su vaciamiento para quedar en pura sonoridad, que es una experiencia social e histórica, o para acceder al nivel sensorio material del mundo. ¿Ese es el nivel de las sensaciones y de las percepciones puras antes del lenguaje? JIP parece sugerir que si. Pero, ¿es posible esa experiencia fuera de algún orden de relaciones, de diferencias, de jerarquías, de dependencias, de gradaciones? Los semióticos franceses en los últimos años han volcado la atención del estudio de la significación sobre las organizaciones de lo sensible. Advierten, sin embargo, que no es lo sensible real, pues eso no se puede representar, sino lo sensible sistematizado en un discurso, es decir, lo sensible entramado por algún tipo de rejilla. Es cierto, JIP en otro lugar de su texto, propone que la poesía de Eielson debe analizarse con la puntería puesta en las operaciones de su producción, en su gramática, pero parece al mismo tiempo insinuar que hay una dimensión sensible no organizada, que escapa a las relaciones y a los sistemas, que es la dimensión de lo ininteligible a la que se puede acceder con las prácticas artísticas. Muy bien, bajo esas premisas la poesía de Jorge Eduardo Eielson se presenta como una práctica que tiene como finalidad

producir artefactos que valen por sus operaciones productoras de sentido, antes que por un afán de producir significados. Son diversas operaciones no muy complejas pero que acá no vamos a reseñar ni discutir. Son juegos que el lenguaje puede procurar de combinaciones, simetrías, contrastes, entre configuraciones propias del habla cotidiana o tópicas. Ahora bien, y para terminar, esas operaciones exceden al lenguaje, a los discursos orales y escritos, y alcanzan otras formas artísticas y no artísticas, y pueden también aparecer en superficies de inscripción, en objetos, en prácticas, en formas de vida, en toda una cultura. Al revés, los objetos, las performances, con toda su fuerza material como los nudos y las muestras artísticas realizadas por Eielson se enlazan con la acción poética que explota operaciones antes que contenidos.

Bibliografía

Fontanille, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima, 2001.

Zilberberg, Claude. *Semiótica tensiva*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima, 2006.